



Sobre historia de ayer y de hoy...

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 61 – 28 de Octubre de 2015

ESPECIAL

José Antonio, hoy (3 de 6)

1. José Antonio ante el Estado, *Dalmacio Negro Pavón*
2. José Antonio hoy: Los partidos políticos, *Luis Buceta Facorro*
3. Sobre José Antonio hoy, ochenta años después *Luis Fernando de la Sota*
4. Tras los pasos de José Antonio, *José M^a García de Tuñón Aza*

José Antonio ante el estado

Dalmacio Negro Pavón

Catedrático. De la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas

Los conceptos políticos son en rigor cliopolíticos y es preciso tener en cuenta que el Estado no ha existido siempre. Empezó a configurarse en el siglo XVI como un *instrumento* de poder de las Monarquías para hacerse soberanas y, con el tiempo, el gobierno monárquico se redujo a ser su maquinista a medida que hacía de él una *máquina* de poder superpuesta a las naciones históricas, la auténtica forma política de Europa (como las *poleis* griegas, por ejemplo) en tanto partes de la *christianitas*. Dos frases famosas resumen la evolución del absolutismo: «El Estado soy yo» (Luis XIV) y «el príncipe es el primer servidor del Estado» (Federico el Grande). La revolución francesa, sustituyó la soberanía monárquica por la de la Nación emancipada de su tutela, y el Estado-Nación (la nación política, no la histórica), configurado por Napoleón como un Estado neutral, de Derecho, reemplaza desde entonces a las Monarquías estatales¹.

La potencia del Estado, que al monopolizar la libertad política monopoliza todo el poder político, le hace revolucionario por naturaleza, y, en el tiempo que le tocó vivir a José Antonio, parecía haber llegado a la plenitud de su desarrollo en su forma Totalitaria, que monopoliza también los poderes sociales y la sociedad entera². El gran problema político consistía en encontrar la figura adecuada, pues, tanto el totalitarismo internacionalista como el nacionalista –el Estado soviético y el Nacional socialista como paradigmas–, eran antihistóricos y obviamente insatisfactorios. Su alternativa, el Estado Liberal, subsistía tras la Gran Guerra, como un superviviente, una forma política sin vida hubiera dicho Hegel, y por otra parte, empezaba a preferir la igualdad a la libertad: en la misma Inglaterra, había aparecido ya tibiamente el *Welfare State* a finales del siglo XIX, aunque continuase siendo el país de las libertades en el imaginario europeo.

¹ Cf. D. Negro, *Historia de las formas del Estado*. Madrid, El buey mudo 2010.

² En realidad, prosiguió su marcha y los Estados europeos son hoy totalitarios en el sentido del despotismo de los industriales de Tocqueville, cuyos métodos son pacíficos, legales.

Un dato muy importante para interpretar el pensamiento de José Antonio es que su vocación no era la política, sino la de un jurista intelectual, observa Arnaud Imatz en su espléndida, necesaria e imprescindible biografía hasta ahora definitiva³, pues ninguna puede serlo. Él mismo escribió en su «Homenaje y reproche a Ortega y Gasset»: «la política no es función de intelectuales, [...] Al echar sobre sí una misión política, el intelectual renuncia a la más cara de sus libertades: la de revisar constantemente sus propias conclusiones; la de conferir a sus conclusiones la condición de provisionales».

Nadie empieza con sus propias ideas y la súbita inmersión de José Antonio por la fuerza de las cosas –la realidad histórica– en las urgencias de la política explica ciertos titubeos y vacilaciones propios de un intelectual transformado de pronto en hombre de acción: la política, decía en el lugar citado, es «una partida con el tiempo en la que no es lícito demorar ninguna jugada». Su circunstancia fue uno de los momentos más trepidantes de la historia europea en general y la



española, con el agravante de que España estaba prácticamente fuera del curso de la europea y la universal desde la guerra de la Independencia. El desastre del 98 fue sólo un episodio en medio de su ensimismamiento histórico, gracias al cual no participó en la Gran Guerra civil europea –si para bien o para mal no se sabe– que puso fin al siglo XIX e inició el siguiente. La desaparición del Imperio despertó empero la conciencia histórica y política de una minoría de intelectuales algo *outsider*, pero la Nación siguió durmiendo la siesta. Empezó a despertar con el griterío de la II República: la inutilidad y el desprestigio de la monarquía habían desmitificado la creencia en su connaturalidad con la Nación española y la irrupción del aire fresco de las utopías revolucionarias antinacionales introdujo una peligrosa tensión; pero como dijo Hölderlin, donde está el peligro surge también la salvación.

Las circunstancias tuvieron que afectar al pensamiento de José Antonio sobre el Estado, seguramente el convencional que se impartía en la Universidad. Tras su atención inicial al fascismo italiano buscando orientación, el rápido desarrollo de los acontecimientos –y probablemente sus reservas sobre esa ideología–, le decidieron después de algunas vacilaciones por el Estado Nacional-Sindicalista. Nacional (es decir, no un Estado-Nación), porque, la Patria y la Nación no eran para José Antonio meras palabras o imágenes románticas que le hubieran llevado al nacionalismo, sino realidades históricas indiscutibles: el presupuesto de todo lo demás; sindicalista, porque encajaba en el Estado Corporativo, la figura estatal preferida por el pensamiento católico más preocupado entonces por estas cuestiones como alternativa al totalitarismo y al viejo liberalismo, estaba bien visto por la Iglesia y «en España, escribía a Julián Pemartín el 2 de abril de 1933, ¿a qué puede conducir la exaltación de lo genuino nacional sino a encontrar las constantes católicas de nuestra misión en el mundo?». Bajo la posible influencia también del «guildismo» inglés y otras fuentes como el krausismo, que estaba en ambiente universitario en que se formó José Antonio

³ *José Antonio: entre amor y odio. Su historia como fue*. Barcelona, Áltera 2005. El único reparo a este libro es, que, precisamente por su importancia, se echa de menos un índice de nombres y materias.

y, como ha demostrado Gonzalo Fernández de la Mora, inventó o introdujo en España la democracia orgánica, relacionada con el corporativismo, el sindicalismo de Ledesma Ramos diferenciaba su idea nacional del Estado del corporativismo fascista italiano, que, nacionalizándose así, no sólo se distanciaba del internacionalismo socialista sino que se ajustaba a la realidad histórica de Italia como nación católica.

José Antonio no llegó a plantearse la interdependencia entre la religión y la política conforme a la dialéctica poder espiritual-poder temporal, la ley histórica fundamental de la historia europea, como advirtiera Ortega, a la verdad sin demasiado énfasis; pues, su maestro, dándola quizá por supuesta, se limitó prácticamente a sustituir muy correctamente la palabra poder del poder espiritual, por la palabra autoridad (*auctoritas* se refiere al conocimiento de la verdad, y *potestas*, a la fuerza legal). Pero su firme adscripción católica desmiente la acusación frecuente de que su pensamiento era totalitario. El mismo fascismo fue autoritario pero no totalitario, pues su totalitarismo se refería al Estado, más bien en el sentido de intervencionista y José Antonio utilizó sólo cinco veces esa palabra según la cuenta de Imatz.

El término estaba en boga sin demasiada precisión, y, por el contexto y la forma en que lo emplea, tiene el sentido de rotundidad o radicalidad. Dijo por ejemplo, en el discurso fundacional del teatro de la comedia: «venimos a luchar porque un Estado totalitario alcance con sus bienes lo mismo a los poderosos que a los humildes». En un momento de disolución del Estado, como el de la II República, tenía presentes las críticas de los noventayochentistas –el propio Ortega–, y la estatalidad en que pensaba tenía que ser *ex novo*, completamente distinta a la canovista asentada en el caciquismo, al margen del pueblo, indiferente a las posibilidades históricas de la Nación, endeble y cuya finalidad última consistía en consolidar la Monarquía.⁴

Impresionado tal vez por la descripción de Spengler de los pueblos *fellagh*, que vegetan al margen de la historia, la razón de ser del Estado, lo que le justifica, es el *servicio* a una *misión*, que era como concebía José Antonio la política. Su misión –concepto de Eugenio d'Ors–, consiste, en vez de estar simplemente ahí, en insertar la Nación en el curso o destino de la historia universal poniendo en forma al pueblo; revolucionariamente en su específica circunstancia española. De hecho, «la revolución existe ya, y no hay más remedio que contar con ella»⁵. Pero, comenta Imatz, «la revolución es una empresa maduramente reflexionada. No es un fin, sino un medio para implantar un orden nuevo»⁶. Esto no es totalitarismo, palabra utilizada por el antifascista italiano Amendola, que le gustó a Mussolini y la aplicó al Estado Fascista.

El Estado es de suyo mecanicista⁷ y la concepción de José Antonio era organicista: no lo concebía idolizándolo como un fin en sí mismo, sino como un *instrumento* al servicio del bien común. Ahora bien, el problema del Estado Corporativo en cualquiera de sus variantes radica en su naturaleza contradictoria, simultáneamente mecanicista como Estado –una forma artificial de Lo Político– y organicista como Gobierno, la forma natural de Lo Político. Lo instituyen espontáneamente los pueblos para garantizar la realización del Derecho, cuyo origen es social, pues pertenece al pueblo. En cambio, el Estado, cuyo contenido es sustancialmente económico, sustituye el Derecho por la Legislación de la voluntad de poder de las oligarquías cuando ejercen la soberanía jurídica y política sin contrapoderes que las moderen: el poder espiritual, la

⁴ En puridad, el Estado canovista fue la primera forma estatal que existió en España. Cánovas era una *rara avis*, quizá desde el conde-duque de Olivares, con cualidades de hombre de Estado, que hizo lo que pudo. Cf. D. Negro, *El Estado en España*. Madrid, Marcial Pons 2007.

⁵ «Vivimos en estado revolucionario, proseguía José Antonio en el artículo “Revolución” (*La Nación*, 28.IV.1934). Y este ímpetu revolucionario no tiene más que dos salidas: o rompe envenenado, rencoroso, por donde menos se espere, y se lo lleva todo por delante, o se encauza en el sentido de un interés total, nacional, peligroso, como todo lo grande, pero lleno de promesas fecundas».

⁶ *Op. cit.* III, 3,2, p. 334.

⁷ Vid. para abreviar “El Estado como mecanismo en Hobbes y en Descartes” [1937]. *Razón Española*. Nº 131 (mayo-junio 2005)

monarquía apoyada en los poderes sociales, y la democracia. De ahí la tendencia al totalitarismo de la máquina estatal⁸.

José Antonio hoy: Los Partidos políticos

Luis Buceta Facorro

Catedrático

Es necesario recordar a Ortega cuando señala: «yo soy yo y mis circunstancias», pues las personas piensan y actúan según sus contenidos mentales pero, siempre, en una circunstancia concreta. Grave error es juzgar a José Antonio desde nuestra circunstancia, amén que han pasado tantos años y en ellos han ocurrido tantas cosas y, sobre todo, profundos cambios, impensables en la circunstancia histórica socioeconómica de la época de José Antonio. Nadie en aquella época pudo pensar, no solo en el progreso técnico alcanzado, sino en el cambio socioeconómico logrado en el mundo occidental, con la consecución del denominado Estado de Bienestar. En su tiempo los problemas sociales, las luchas económicas, el nivel de vida de la mayoría de la población, y, de otra parte, las aspiraciones y pretensiones de cambio, se movían dentro de una pobreza y pequeñez que hoy es imposible entender por las generaciones presentes. Olvidamos, los mayores, que las personas que hoy tienen cincuenta años, tenían diez en el momento de la transición, lo que llevado más allá, implica que los nacidos desde 1950, prácticamente, salvo por algunas referencias, no vivieron ni sintieron los problemas sociales, de escasez y miseria y las pequeñas reivindicaciones de aquellas épocas y, por lo tanto, difícil de entender el contexto socioeconómico en que se desarrolla la vida y el pensamiento de José Antonio.

Si bien es cierto, como señala Jaime Suarez, que «siempre José Antonio fue el mismo, no siempre fue lo mismo», es decir, que, como toda persona, fue madurando su pensamiento y sus actitudes vitales, todo ello sucede dentro de una «circunstancia», de un contexto político social y económico, sin ningún o exiguo cambio o avance, antes por el contrario, con evidentes signos de descomposición y enconada vida social.

Querer, hoy, exponer lo que diría o pensaría José Antonio, sobre la realidad presente, es prácticamente imposible, pero sí se puede atisbar, desde sus actitudes vitales, cuál podría ser su postura fundamental. Ardua tarea, la mía de hacerla sobre los partidos políticos, pues representan uno de los temas más evidentes ávidos en el propio y conocido pensamiento de José Antonio.

La condena de los partidos políticos, por parte de José Antonio, fue radical y terminante. En aquella situación, aquellos partidos y su concepción, dividían y enfrentaban y, entendió, que había que suprimirlos. Tanto en el Discurso de la Comedia como en los puntos de la Falange, punto 6, no cabe ninguna duda: «Se abolirá implacablemente el sistema de los partidos políticos con todas sus consecuencias: sufragio inorgánico, representación por bandos en lucha y Parlamento de tipo conocido» (J. A. Edición del Centenario; 796). Dicho esto, también hay que decir que José Antonio, salvo error u omisión, nunca habló de partido único. Término, dicho sea de paso, contradictorio pues un partido siempre representa una parte del todo. Esta es la razón plausible por la que José Antonio señala que lo suyo no es un partido sino un «movimiento».

No es posible, hoy, saber lo que pensaría José Antonio sobre los partidos políticos y el sistema parlamentario, pero sí podemos atisbar, conociendo rasgos significativos de su personalidad, cuál sería su posición en un sentido amplio. Ante todo José Antonio es una mente abierta, es decir, capaz de recibir nuevas informaciones, dispuesto a admitir y analizar nuevos datos, aunque esté en desacuerdo en sus actitudes y creencias actuales, mientras que la mente cerrada no está dispuesta a admitir nuevos datos y carece de capacidad para recibir nueva información,

⁸ Cf. D. Negro, “El mito constitucionalista” (en prensa en *Razón Española*).

es decir, mente cerrada se identifica con autoritarismo, dureza, rigidez e intolerancia, mientras que la mente abierta se identifica con antidogmatismo, flexibilidad, tolerancia y respeto.

De la misma forma si bien tiene sus firmes creencias, tiene capacidad para admitir y analizar creencias contradictorias entre sí. Su análisis de las no creencias se realiza siempre con un gran rigor intelectual, sentido crítico, consideración y respeto, y es capaz de aceptar los aspectos positivos que puedan tener. «Por eso tuvo que nacer y fue justo su nacimiento (nosotros no recatamos ninguna verdad), el socialismo», (J. A. 1970; 62). «Pues bien, en la revolución rusa, en la invasión de los bárbaros a que estamos asistiendo, va ya ocultos y hasta ahora negados, los gérmenes de un orden futuro y mejor. Tenemos que salvar esos gérmenes y queremos salvarlos» (J. A. 1970; 71). El rigor intelectual aparece por doquier, tanto en la presentación de sus creencias, como en conocimiento y rechazo de las no creencias. Lo que corrobora la repugnancia que sentía y sostenía hacia los «antialgo».

La crítica del liberalismo político y económico es contundente, pero, junto a esta dura crítica, inmediatamente reconoce y defiende las conquistas del liberalismo que hay que mantener y desarrollar. «Pero si la democracia como forma ha fracasado, es más que nada porque no nos ha sabido proporcionar una vida verdaderamente democrática en su contenido. No caigamos en las exageraciones extremas, que traducen su odio por la superstición sufragista, en desprecio hacia todo lo democrático. La aspiración a una vida democrática libre y apacible, será siempre el punto de mira de la ciencia política por encima de toda moda. No prevalecerán los intentos de negar derechos individuales, ganados con siglos de sacrificios. Lo que ocurre es que la ciencia tendrá que buscar mediante construcciones de “contenido” el resultado democrático de una “forma” no ha sabido depararle» (J. A. 1956; 63).

Desde el punto de vista de la estructura profunda de la personalidad distinguimos entre una

actitud de apertura en que percibimos el mundo que nos rodea, a nosotros mismos y a las otras personas de una manera positiva, como ayuda y posibilidades de satisfacción, mientras la actitud de clausura implica que esa percepción, por el contrario, es como amenaza perturbadora y dolorosa para su seguridad. La actitud de



apertura representa, en fin, una aceptación del mundo, de las personas y de sí mismo, mientras que en la de clausura se desarrollan sentimientos persistentes de inseguridad en sí mismo y de miedo o temor ante el mundo o los demás. José Antonio aparece como un ser alegre. Rezuma una personalidad optimista, buscando la parte jovial y risueña de las cosas, incluso de las serias y profundas. Es un hombre abierto al mundo y a la vida. La actitud de José Antonio es la de ilusión creadora ante la realidad histórica, con sentido dinámico permanente. Frente a aquellos que consideran la autoridad como absoluta, con adhesión absoluta, José Antonio tiene una concepción de la autoridad relativa, que implica una adhesión vocacional relativa. En este sentido. José Antonio exige, incluso, justificación del Estado, máxima expresión de la autoridad, pues ha de amoldarse al cumplimiento de unos fines. Con respecto a las personas, tiene el «máximo respeto a la dignidad humana, a la integridad del hombre y a su libertad» (J. A. 1970, 91). «La dignidad humana, la integridad del hombre y su libertad son valores eternos e intangibles» (J. A. 1970; 340).

Paralelamente, José Antonio mantiene una dimensión temporal, también abierta, pues tiene en cuenta el pasado, el presente y el futuro. No se aferra como las mentes cerradas a una de estas dimensiones del tiempo. José Antonio vive en su tiempo, pero teniendo en cuenta el pasado y con una perspectiva de futuro. Cuando habla del orden nuevo que hay que implantar en España recalca que «ambiciosamente, porque España es así, de un orden nuevo que España ha de comunicar a Europa y al mundo» (J. A. 1970; 42).

A la vista de la personalidad de José Antonio, hoy día aceptaría el presente y defendería las incalculables conquistas del Estado de Bienestar. Desde el punto de vista político, sería rigurosamente crítico con el funcionamiento del sistema, esencialmente con los partidos políticos, que aceptados como básicos, en un sistema democrático, no están a la altura de las circunstancias y, según su perspectiva, no cumplen fielmente su función integradora y de búsqueda del bien común. Así mismo, reiteraría la importancia de lo espiritual y que el bienestar no es solo posesión de bienes sino de desarrollo y enriquecimiento personal.

Una vez más y, según su línea de pensamiento, creo que criticaría y llamaría la atención sobre esta partidocracia egoísta y con fines antagónicos y, algunos radicalmente en desacuerdo con la unidad de España y su significado en la Historia. Lógicamente, rechazaría, contundentemente, la existencia y conductas de los partidos que propugnan la federación como solución y menos la escisión de España. Todo separatismo sería condenado, como ya hizo en su tiempo. Su crítica radical y seria a los partidos actuales y su comportamiento, no lo haría para declarar su supresión, sino para buscar su perfección, para convertirlos, dentro de sus diferentes puntos de vista, en valiosos instrumentos de una política que buscara el bien común, dentro de las características del mundo de hoy, no solo para España, sino también para Europa y el mundo. Creo que entendería que la «unidad de destino en lo universal», que en un tiempo representó España, se ha trasladado a la unidad superior de Europa, que ha de cumplir una misión ineludible en el mundo de hoy, por lo que considero que reforzaría la existencia de un partido europeo que defendiera la Unión Europea y fuera activo en las acciones que los complejos problemas de hoy exigen. No solo no condenaría la existencia de partidos, sino que defendería su necesidad.

José Antonio, hoy, sería un hombre de su tiempo, pero exigente, serio, crítico y activo, nunca volviendo hacia atrás, sino mirando al futuro, con firmeza y responsabilidad. Defendería los partidos como elementos representativos del pueblo en un Parlamento, en el que seriamente se afronten los problemas, pero con seriedad y sin exhibiciones circenses. No podría soportar una clase política salvo pequeñas excepciones de tan baja calidad en todos los órdenes y condenaría los populismos voluntaristas y neomarxistas. Todo ello dejando «fuera de lugar un concepto de un José Antonio autoritario, dogmático, cerrado e impositivo con un proyecto totalitario y absorbente, como frecuentemente se presenta, mediante frases y conceptos estereotipados y propios de su circunstancia, que no resisten un análisis serio de su personalidad» (Buceta 2003; 92). Pero, indudablemente, su indignación por el momento y las circunstancias por las que, hoy, atraviesa España sería mayúscula. Su crítica sería durísima, pero dentro del sistema y sin «deconstruir», sino, con ánimo de superación, siempre con espíritu constructivo, buscando fórmulas de perfección y progreso.

Bibliografía

Buceta Facorro, L. (2003): «Mente Abierta versus Mente Cerrada en José Antonio». En *Homenaje a José Antonio en su Centenario*. Plataforma 2003, Madrid.

Primo de Rivera, J. A. (1956): *Textos Inéditos y Epistolarios*. Ediciones del Movimiento, Madrid.

Primo de Rivera, J. A. (1970): *Obras Completas*. Sección Femenina del Movimiento, Madrid.

Primo de Rivera, J. A. (2007): *Obras Completas*. Plataforma 2003, Madrid.

Suarez, J. (2013): *El Legado de José Antonio*. Plataforma 2003, Madrid.

Sobre José Antonio hoy, ochenta años después

L. Fernando de la Sota Salazar

Me piden un artículo para la *Gaceta* de la Fundación José Antonio, referido al 82 aniversario del discurso de José Antonio en el Teatro de la Comedia de Madrid, en el año 1933, con dos propuestas: Mi opinión sobre lo que hubiera dicho en la actualidad y que se refiriera en especial al espíritu poético del mismo. También limitarlo a folio y medio o como mucho a tres. Y lo que es peor, en pleno Agosto. ¡Casi nada!

Pero es todo un reto.

Respecto a lo primero, me declaro de entrada, absolutamente incapacitado para ello. Siempre he pensado en José Antonio como un arquetipo, pero también como una persona normal, lejos del intento de mitificarlo hasta el absurdo y de acartonar su figura y su pensamiento considerando la totalidad de sus afirmaciones y sus opiniones de hace ochenta y dos años, por pura pereza mental de muchos de sus exégetas, como verdades absolutas e inamovibles. Porque todos, a lo largo de nuestra vida, si hacemos un análisis retrospectivo de nuestra existencia, encontramos cosas de las que nos arrepentimos, algunas que cambiaríamos, y otras que mantendríamos con firmeza. Y en el caso de José Antonio, tras comprobar cómo a lo largo de los escasos tres años de su vida pública –solo hay que releer sus discursos posteriores– fue modificando, concretando y radicalizando sus primeras ideas, me resulta imposible adivinar lo que diría o propondría en la

actualidad, en una sociedad que poco o nada tiene que ver con la que él vivió.

Me estoy refiriendo naturalmente a los aspectos políticos, sociales o económicos, que en unos casos mantendría, y en otros tal vez modificaría, como algunas de las críticas hacia el socialismo, y el liberalismo de aquellos años, influenciados por el «nefasto» Juan Jacobo Rousseau, a los que en unión de otros grupos de la derecha,



consideraba culpables de aquella situación política. No ya de corrupción, que alguna también había, aunque no como la de ahora, sino más bien del estéril enfrentamiento de los partidos políticos, que propiciaban sucesivos y también estériles gobiernos, provocando la exasperante inoperancia del Parlamento, así como su preocupación por la pésima e injusta situación social de obreros y campesinos en aquella época.

¿Qué pensaría o diría ahora en un mundo globalizado, con fenómenos como la televisión, las redes sociales, el Islamismo, las diferencias norte-sur, el drama de la emigración salvaje, etc.? No soy capaz de adivinarlo.

Más fácil me resulta suponer lo que sí mantendría con firmeza de aquel discurso, porque o bien

eran ideas y conceptos que por sus características trascienden al tiempo, o porque se referían a temas hoy por desgracia todavía recurrentes.

Hace muchos años que, en un intento de síntesis, resumo el mensaje de Jose Antonio en tres ideas fuerza. El concepto del hombre, la unidad de España y la Justicia social.

Por lo que estoy seguro de que mantendría de su discurso, en primer lugar el concepto del hombre, como eje de todo sistema. Un hombre trascendente, que explicita varias veces al afirmarlo como «portavoz de valores eternos», «con un alma capaz de salvarse o condenarse», proponiéndole incluso como modelo, reunir las virtudes del monje y de la milicia y que al final de su vida ratificaría con su ejemplar testamento.

En segundo lugar la defensa de la Unidad de España, reconociendo en su diversidad su armónica plenitud. El encendido elogio a las virtudes del pueblo español, tal vez ahora los hubiera tenido que matizar más, al comprobar su disminución actual de valores morales y patrióticos.

Y en tercer lugar la denuncia por las situaciones de injusticia que aún perduran y los también estériles enfrentamientos políticos de hoy que con su actitud egoísta e irresponsable, siguen impidiendo una acción común y generosa en beneficio de todos los españoles.

Y entro ya en la segunda consideración pedida.

Y lo hago intentando imaginar, si hubiera estado sentado en una butaca de aquel teatro en aquel 29 de Octubre y naturalmente con muchos años menos, qué parte de su discurso me hubiera resultado más significativa y más ilusionante. Y estoy seguro de que no hubiera sido su análisis de los movimientos filosóficos y políticos a nivel europeo, ni siquiera las referencias a las injusticias sociales, porque por un lado, eso en definitiva, con versiones diferentes, lo estaría escuchando de la boca de todos los políticos de izquierdas o derechas del momento. Y por otro, seguramente, algunas cosas no las hubiera comprendido bien.

Pero lo que sin duda me hubiera sorprendido y encandilado, como muchos años después también les ocurrió a otras generaciones de españoles, habría sido la frescura y limpieza de sus palabras, la originalidad de sus planteamientos y el lenguaje poético con que envolvía sus ideas y sus propuestas.

Su lenguaje optimista, claro y rotundo, levantando una bandera y convocando a «seguirla y defenderla, alegremente, poéticamente», en una aventura revolucionaria que fuera capaz de arrastrar a todo un pueblo, «porque a los pueblos solo los mueven los poetas», era una invitación tan sugestiva, que merecía la pena seguirla con todos los riesgos que conllevaran incluso el de perder la vida.

Pero también esto estaba previsto, afirmando que «la vida no merecía vivirse si no era para quemarla al servicio de una gran empresa» y si en el empeño la perdiáramos, «nos esperaba un puesto en los luceros en un paraíso duro y erecto, en cuyas jambas hubiera dos ángeles con espadas».

Toda esta dialéctica, radicalmente diferente a toda la que se escuchaba en aquellos años, rezumaba poesía, una poesía dura, ascética y viril que nada tenía que ver con la romántica, lastimera y ñoña de la época.

No puede olvidarse que el círculo cercano y preferido de José Antonio no estaba compuesto por políticos, abogados o economistas, sino que fue preferentemente de poetas.

Por todo esto, cuando oigo hoy lamentos por una «revolución pendiente», que hubiera podido transformar España y que no pudo ser, tal vez por no estar suficientemente concretada o debidamente entendida, invito a no dejar paso a la frustración, y recordar que buena parte de esa revolución sí se produjo, y tal vez en su parte más sustancial: En los hombres. En los muchos españoles que decidieron, que decidimos, elegir, con un estilo alegre y poético, una forma de vivir y de morir.

Tras los pasos de José Antonio

José M^a García de Tuñón Aza

Un buen amigo cubano, que lleva años en España, me ha regalado un libro que recoge lo que su progenitor, emigrante pasiego llamado Remigio Fernández Gómez, dejó escrito, y que, ahora, después de algún tiempo de su fallecimiento, su hijo ha creído oportuno ordenar los papeles de su padre y editarlos. En sus recuerdos no falta la preocupación que le producía la Guerra Civil de España que, desde Cuba, a través de la prensa u otros medios, él seguía con enorme inquietud. Hay un momento que escribe de José Antonio Primo de Rivera y lo que en aquellas tierras lejanas oía y leía: «Posteriormente, el gobierno de la República, cometió otro crimen en la persona de José Antonio Primo de Rivera. En un tiempo como de dos semanas (*sic*) antes del alzamiento, Primo de Rivera fue detenido y preso. Vino el alzamiento, Primo de Rivera sigue preso. Pasan otros dos o tres meses. Un día dan la noticia: José Antonio Primo de Rivera ha sido fusilado. Nunca dijeron ni se supo de qué fue acusado y por qué delito fue muerto. Primo de Rivera no podía estar complicado en el alzamiento ya que José Antonio no tenía buenas relaciones ni con la República y menos con el Ejército. Cuando su detención se rumoreaba que serían cosas del Ejército con José Antonio y parece que no fue así por lo que vimos después de verlo fusilado».

Estas palabras que llegan de un hombre español que emigró y que le cogió nuestra guerra a muchos kilómetros de su Patria, nos demuestran que el fundador de Falange era una persona querida y admirada por muchos hombres y mujeres que un día embarcaron en un viejo barco buscando una vida mejor. Una vida mejor que José Antonio quería para todos los españoles, pero que con su muerte quitaban de en medio al único líder con carisma que había sido temido tanto por las derechas como por las izquierdas. Prueba de ello es que ninguna de las dos partes hizo nada serio por salvarle la vida. Con su desaparición se produjo en España ese silencio atroz que temió Ortega a la muerte de Unamuno, porque entonces: ¿quién iba a protestar en adelante contra tantas injusticias?

Ahora no es mi intención escribir de política, pero sí de nuestra historia, y, principalmente, de la historia de José Antonio Primo de Rivera, para que no sigan vertiendo sobre él falsedades, esas falsedades a las que ahora son tan aficionados muchos historiadores que no se atreven a citar lo que otros han dicho por el mero hecho de ser verdad, lo cual parece espantarles. Como ha dicho Julián Marías, «el primer paso, el decisivo, es no engañarse ni engañar a los demás. El error es posible, hay derecho a él, con la condición de que se reconozca y rectifique. Lo que es intolerable es la mentira». Sin embargo, hay partidos políticos, medios hablados y escritos, personas individuales, etc., que mienten sistemáticamente. Es, en resumidas cuentas, vivir contra la verdad sencillamente porque se tiene miedo a ella. Por eso hoy, es muy frecuente, oír cómo se miente cuando se están refiriendo a José Antonio. Todo lo contrario de aquella época en que mencionar el nombre de José Antonio abría muchas puertas. El propio Dionisio Ridruejo también lo reconocía cuando escribió que los textos del fundador de la Falange se habían convertido en sentencias sacras e indiscutibles.

Es cierto que José Antonio estuvo durante muchos años prisionero de una ideología que él fue el primero en combatir. O lo que también nos ha dejado escrito quien llegó a ser ministro durante la República, Miguel Maura, cuando refiriéndose a la Falange que el fundador de Falange concibió y organizó, tenía muy poco de común con la que luego hubo durante régimen de Franco. Así, pues, nos lo habían puesto tan alto que ahora otros quieren y siguen queriendo tirarlo desde esa misma atalaya cuando se ignora casi todo sobre él. Por eso hoy, el nombre de José Antonio, no es tolerado por una parte de

esos políticos que nos dominan y mucho menos por esos medios que ellos controlan, cuando a través de los mismos acuden al desprecio y a la mentira sobre su persona y su obra. Con frecuencia lo palpamos.

También ahora es muy frecuente oír a los políticos emplear la palabra *joseantoniano* para descalificar al contrario empleando de forma peyorativa esta expresión. Viene a mi memoria en estos momentos aquel ministro catalán y portavoz del PP, Josep Piqué, cuando calificó a Felipe González de *joseantoniano* porque había manifestado que el único nacionalismo no legitimado era el español. El ex ministro, como ocurre con frecuencia a los que nunca han leído a José Antonio, desconocía que el fundador de Falange jamás se declaró nacionalista porque el nacionalismo es el individualismo de los pueblos.

Por aquellos días, también mi querido amigo, Enrique de Aguinaga, publicaba una carta en un diario de Madrid al hilo de lo dicho por Piqué. Escribía que ya Alfonso Guerra apostrofó en 1990 públicamente de *joseantonianos* a José María Aznar. En 1997 fueron Santiago Carrillo y también Felipe González quienes lo hicieron refiriéndose a Julio Anguita. En definitiva, lo *joseantoniano* estaba y está hoy prohibido, rigurosamente prohibido. Pero también es de agradecer, aunque escaso, el conocimiento que nuestros políticos tienen de José Antonio. No se atreven, pues, a iluminar el escenario para que no se vea con claridad la verdad, prefieren apagar la luz para borrar las sombras.



Sin embargo, hay que reconocer que no todos los políticos de antes y de ahora, se acuerdan de José Antonio para descalificarlo. Merece la pena recordar las palabras de quien fue fiscal general de Estado con los socialistas y

diputado canario con el PSOE, Eligio Hernández, quien en un artículo que publicó en un diario de Tenerife con motivo de un homenaje a la memoria del fiscal Eugenio de Herrera Martín, no tuvo ningún reparo en reconocer de que éste era un falangista *joseantoniano*, idealista y romántico, nada sectario, y dispuesto siempre a hacer favores, incluso a aquellos que eran más opuestos a sus ideas. Añadía Eligio Hernández que siempre había tenido un gran respeto por la figura de José Antonio. Al mismo tiempo, en su largo artículo, recordaba las frases de elogio que dedicaron a José Antonio, hombres como el socialista Indalecio Prieto, el filocomunista Juan Negrín y el anarquista Abad de Santillán. Todo ello nos trajo a la memoria al socialista, Julián Zugazagoitia, último ministro de la Gobernación, de la II República, a quien la Gestapo detuvo en París y devuelto más tarde a España donde fue fusilado después de haber publicado en un libro, del que era autor, el texto completo del testamento de José Antonio y de haber reproducido la estremecedora conversación que éste tuvo con los milicianos encargados de ejecutarle.

Y no habrá justicia social –decía José Antonio– mientras cada uno de nosotros se considere portador de un interés distinto. No tendremos justicia social mientras cada una de las clases, en régimen de lucha, quiera imponer a las otras su dominación. Critica a los banqueros que se enriquecen prestando a interés caro el dinero de los demás; a los propietarios de grandes fincas, que sin amor ni esfuerzo, cobran rentas enormes por alquilarlas; a los consejeros de grandes compañías diez veces mejor retribuidos que quienes con su esfuerzo diario las sacan adelante. Pide mayor atención para esos pequeños industriales, comerciantes, labradores, pescadores, artesanos y obreros, agotados en un trabajo sin ilusión. Se queja, en definitiva, de que el nivel de vida de todas las clases productoras españolas, de la clase media y de las clases populares, es muy bajo y pide aligerar la vida económica de la ventosa capitalista.

Por eso fue acusado también por las derechas, no por sus ideas, sino por la relación de sus ideas con los hechos que ese momento se estaban desarrollando en aquella España y que algunas de ellas aún siguen pendientes. Estos pequeños detalles llenos de humanidad por parte de quienes nunca han olvidado las enseñanzas de José Antonio, hacen que, después de tantos años, muchos sigamos creyendo que sus palabras continúen siendo válidas ahora porque el fundador de Falange no fue aquel bárbaro que nos pintan quienes le tienen miedo en el mundo de las ideas y de los principios. Su grandeza quedó reflejada desde el momento en que la mayoría de sus adversarios políticos le citan en sus *Memorias*, y, además, lo hacen también con cierta nobleza. Recordemos a Manuel Azaña, Portela Valladares, Alejandro Lerroux, Largo Caballero, Juan Negrín, Diego Martínez Barrio, Gil Robles; Calvo Sotelo, etc.

«A los pueblos no los han movido nunca más que los poetas». Palabras que nos ha recordado un día el sociólogo Amando de Miguel. Frente a la poesía que destruye, levanta José Antonio la poesía que promete porque sabía muy bien que la poesía era mucho más que un recurso de ocio decadente. La expresión poética, la poesía auténtica puede ser un modo insuperable de conocimiento, por eso José Antonio quiso ir más alto, quiso ir más arriba, quiso, en definitiva, que la poesía fuese en su Falange, además de una manera de conocimiento, una norma constante de conducta. Sus palabras eran también de justicia social, de esa justicia social de la que tantas veces habló cuando se refería a la reforma agraria, a la nacionalización de la banca, etc. Ello hizo que el historiador francés, Christian Rudel llegara a escribir que el programa presentado por Falange en las elecciones de febrero de 1936 era, con mucho, el más revolucionario de los que fueron propuestos en aquella época.

Así hablaba José Antonio; sin embargo la cruel propaganda que hoy nos invade desde los distintos medios de comunicación, solamente lo cita para recordarnos de él estas dos frases: «el mejor destino de las urnas es romperlas» y la de «la dialéctica del puño y las pistolas». Ignoran que en Falange hay otras ideas, ideas esenciales, como la desarticulación del sistema capitalista. Para José Antonio no eran simplemente las urnas, entiéndase bien, sino aquellas urnas prostituidas las que debieran ser rotas. Y no era la dialéctica de los puños y de las pistolas la que conviniera emplear frente a una democracia estable, sino contra la otra dialéctica de los puños y de las pistolas que desde los mismos comienzos de la II República era moneda corriente en España y que el socialista Julián Besteiro reconoce las propias culpas del PSOE por haberse dejado arrastrar a la línea bolchevique, que es la aberración política más grande que han conocido jamás los siglos. Debemos de añadir también que mucho antes de nacer Falange fueron las Juventudes Socialistas las que iniciaron la dialéctica del puño y las pistolas como así lo ha recogido el propio Indalecio Prieto en un discurso en el Círculo

Pablo Iglesias de Méjico pronunciado el día uno de mayo de 1942. Estas fueron sus palabras: «...se habían dejado adrede manos libres a las Juventudes Socialistas a fin de que, con absoluta irresponsabilidad, cometieron toda clase de desmanes [...]. Nadie ponía coto a la acción desaforada de las Juventudes Socialistas, quienes sin contar con nadie, provocaron huelgas generales en Madrid [...]. Además, ciertos hechos que la prudencia me obliga a silenciar, cometidos por miembros de las Juventudes Socialistas, no tuvieron reproche ni se les puso freno ni originaron llamadas a la responsabilidad». El mismo órgano de expresión comunista *El Mundo Obrero*, el día el día 13 de enero de 1933 llama a los socialistas hienas y cuervos y les acusa de revolcarse en la sangre obrera derramada por ellos mismos.

Se ha dicho muchas veces que Primo de Rivera era enemigo de la República, pero esto no es cierto. Basta recordar la cantidad de veces que cita a Azaña, político de quien pensó que podía ser el hombre de la República y que por eso puso en él muchas esperanzas, o como dijo Velarde Fuertes: «Falange una y mil veces llamó en vano a la puerta de Azaña». José Antonio también llegó a criticarle por no haber hecho nada después de haber tenido en sus manos la oportunidad de hacer la revolución española. La revolución que España necesitaba ya que sus bases sociales estaban saturadas de tantas injusticias porque una gran parte vivían al nivel de los animales. Por eso reitera que Azaña desperdió esa ocasión. Le echa en cara de haber traído una política de división que lanzó a unos españoles contra los otros. «Porque hicisteis eso y desperdiciasteis eso -le dice José Antonio- nos metisteis en esta especie de balsa sin salida, donde no vamos pudriendo poco a poco hasta que se abra otra revolución por otro lado».

Dentro de poco se cumplirá el 76 aniversario del día en que unos falangistas, echaron sobre sus hombros la dulce y dolorosa carga del féretro que contenía los restos de José Antonio para trasladarlos hasta El Escorial. Entonces faltaban muchos que habían dado su vida por una España mejor para todos, sin embargo otros vinieron después, «cuando el sol doró el agosto -nos dice el poeta falangista Luys Santa Marina- cuando ya había una segura y ancha calzada que unía el pasado y el porvenir de la Patria hecha con huesos de Caídos, de nuestros Caídos». Por eso la mujer de otro poeta, María Teresa León, hablando de José Antonio se preguntaba: «¿Quién cerraría los ojos de aquel soldado que yo no volví a ver? ¿Y por qué cayó si tal vez...? Sí, tal vez fue una equivocación política».